

Movimiento Popular de Liberación Nacional



Explicación sobre el origen del MPLN

Ninguna organización política surge de la nada. Su nacimiento obedece siempre a una exigencia de la historia, de la lucha de clases, o bien, el caso nuestro, del intento de rectificación de una línea que resultó errónea. Nuestra organización tuvo un penoso y largo proceso de gestación, salió de las entrañas del anterior ELN y fue formándose y adquiriendo su propia fisonomía a través del ejercicio implacable de la autocrítica del foquismo. Esta experiencia autocrítica empezó a tomar cuerpo en el año 1974 y lógicamente, se trataba de enfrentar a la teoría con los hechos extrayendo las conclusiones positivas que podían quedar en el haber y rechazando todo aquello que considerábamos desviaciones y deformaciones en el movimiento revolucionario.

Esta confrontación de las ideas con los acontecimientos políticos, de la teoría con la práctica social (en su sentido más amplio) nos condujo a replantearnos todo el esquema ideológico, todo el esquema foquista, que llegaba a ser una reiteración sangrienta del fracaso. Llegada a un punto la práctica autocrítica se puede decir que todo el anterior ELN se vio envuelto y participó de una u otra manera en ella. Fruto de su desarrollo, surgieron dos ramas: por un lado el PRTB (que también dijo rechazar el foquismo) y por otro, la que se designó entonces con el nombre transitorio de "Movimiento de Bases del ELN". "El Movimiento de Bases" consideró que el nacimiento del nuevo grupo político - PRTB, no significaba necesariamente una partida de defunción para las desviaciones, que al no lograr, esta organización agotar un proceso de autocrítica verdaderamente política e ideológica no garantizaba los riesgos de una recaída en las deformaciones que se pretendían superar, no importa si revestidas de una nueva fachada.

Es por esto que, de un modo terminante y definido, decidimos mantenernos al margen del PRTB, no aprobar ni impugnar su fundación; empero, esta nuestra actitud era desde ya una actitud política colectiva, y simultáneamente nos orga-

nizamos provisionalmente como "Movimiento de Bases del ELN" para continuar el agotador análisis autocrítico por nuestra cuenta. Por entonces, preferimos no dar estado público a nuestra existencia ni difundir en las tribunas de la opinión nuestras diferencias con aquella flamante organización, respecto de la cual, nos sentimos desde el primer momento independientes y autónomos. Tampoco quisimos caer en el terreno de las mipugnaciones personales ni de los juicios anecdóticos, hemos considerado y consideramos al PRPB una organización distinta, con sus propios puntos de vista diferentes a los nuestros, y con la que al igual que con otras se puede mantener una relación fraternal y respetuosa de organización a organización.

Resumiendo esta idea, consideramos que hemos llevado a cabo una faena de implacable autocrítica como elemento indispensable para replantearnos una táctica y una estrategia correctas. En ningún momento hemos deseado incorporar porque sí una nueva organización, dentro de la extensa gama de los partidos de izquierda; pero este fenómeno es, desde luego, independiente de nuestros deseos. Es un hecho objetivo que existen diferentes puntos de vista acerca de la táctica, distintas concepciones, y nosotros constituimos un punto de vista entre otros respecto de los problemas del poder y la revolución. No nos anima ningún afán vanguardista, somos resultado de los hechos y de ciertas experiencias buenas y malas, será nuestra experiencia del presente y del futuro la que diga la última palabra.

De un modo sinóptico, podemos enunciar como sigue los tópicos que se han tocado durante la lucha ideológica y el proceso de autocrítica:

El nacimiento del E. L. N.

- Ñancaguazú fue una de las acciones más energéticas e importantes de las luchas continentales. Ese acontecimiento contribuyó a que nuevos sectores de clases (especialmente en la pequeña burguesía urbana) se incorporen al caudal de la revolución. Es innegable que la acción del Che contribuyó magníficamente al acervo de nuestras ricas luchas sociales, la acción de Ñancaguazú fue de aquellas que aún en la derrota crean premisas estratégicas de victoria. Por eso es, que la figura del héroe y el recuerdo fresco del combate heroico, constituyen símbolos perdurables de la abnegación y el valor.

Pero el secreto de la victoria, en Bolivia, no está escondido en la selva, hay que encontrarlo en las masas insurgentes de las ciudades, en los centros mineros y en la aproximación vitalmente revolucionaria del campo a la ciudad. En Ñancaguazú nació el ELN, quedó para las generaciones de revolucionarios el compromiso con la sangre, que hay que entenderlo, en síntesis, como el compromiso con la revolución, y no por reproducir románticamente el cuadro grandioso del pasado. Ya nos decía Marx que las grandes tragedias de la humanidad no pueden ser repetidas aunque se reproduzcan como tragicomedias; por eso mismo, la magnificencia de Ñancaguazú, su grandeza y solemnidad de tragedia, hay que captarlas en lo íntimo de su esencia, en su contexto y escenario, pero la revolución es siempre inventiva, renovación e imaginación, y sobre todo, sentido de adaptación a los hechos nuevos, a las circunstancias cambiantes.

El contexto de Ñancaguazú era el de una impaciencia verdaderamente continental por dar unidad y cohesión a los movimientos guerrilleros que habían brotado proficuos sobre el suelo americano. De ahí ese acento más continental que nacional que surge de esta batalla y de ahí también, esa u-

nificación e identidad internacional en los métodos. Pero a estas alturas no cabe duda que los métodos de lucha son tan variados y distintos como países existen sobre la geografía mundial, y que el carácter y formas de lucha están íntimamente ligados a cada historia nacional en particular.

La forma organica de ejercito y foquismo

El ELM trató de restablecer el foco, persistió en el intento hasta que se consumaron los sucesos de Teoponte. El saldo trágico de Teoponte y la lucha invicta de las organizaciones populares en las ciudades, mostraba como rotundo contraste, el precio alto que se paga cuando se hace abstracción de las masas en la política. Las conclusiones que debían surgir de estos sucesos, sin prejuicios sentimentales, conducían a cuestionar la naturaleza misma de una organización militarista que no era apta para recoger o convocar a las masas de la población. Asimismo, a impugnar toda acción política al margen de las masas y de un análisis certero de la coyuntura.

Sería vacuo seguir explicándose un desastre con el recurso simplista de deficiencias técnicas en la organización falta de entrenamiento, condiciones físicas, mala apreciación del terreno, etc., buscando siempre el lado débil del error sin entrar al corazón de los problemas. Reconocer sólo estos errores no significaba cuestionar lo esencial: el tipo de organización y los elementos ideológicos que le servían de cimientos. La forma constitutiva de una pequeña fuerza armada, divorciada de los organismos políticos y sociales existentes, que debían, sin embargo, por la vía de la eficacia en las operaciones militares constituirse en una vanguardia real de todo el pueblo, no respondía a la fuerza de los hechos reales ni a la correlación efectiva de fuerzas en la sociedad. Una organización clandestina cerra-

da, sin correas de transmisión ni vasos comunicantes con las realidades sociales, sólo podía luchar por la sobrevivencia, por la propia existencia como fines en sí mismos, y naturalmente corría el riesgo permanente de su exterminio.

Esta impotencia orgánica para involucrar fenómenos superiores de masas se convertía también en impotencia ante el enemigo. No existía el recurso político que pudiese balancear la inferioridad militar, no se habían creado nexos con la realidad viviente, y se había dado, además, a este aislamiento su correspondiente fundamento ideológico que era una prolongación del mesianismo pequeño burgués y de un blanquismo de nuevo tipo. La compensación psicológica de este estado de impotencia estratégica, consistía en un desprecio sistemático por la política y por los partidos, y por esta vía el desprecio de las masas.

Como por naturaleza esta organización no podía crecer más allá de lo que aconsejaba el secreto conspirativo, su endeblez numérica llegó a ser un aspecto constitutivo de su mismo carácter organizativo. La clandestinidad se transformaba así, en clandestinidad ante el gobierno y el pueblo, es decir en el talón de Aquiles de todo posible potencial. Un "ejército" que funcionaba con una cantidad implícita de valores militaristas, chocaba cada vez más con las leyes que rigen la política, la agitación y la propaganda, divorciándose del medio ambiente social, enajenándose del contexto social y político.

Una organización fundamentalmente militar y militarista acaba en el desprecio por las masas, se desentiende de la política y acaba desentendiéndose del país mismo: de sus particularidades, historia, costumbres políticas, hasta convertirse en una cúpula artificial.

La crisis del foquismo

El foquismo ha agotado en todas sus fases, tanto a nivel nacional como internacional las posibilidades de su existencia. Duras pruebas, en que cada choque con la realidad traía fatales consecuencias, fueron paralizando su radio de acción. Lo que caracteriza al foquismo no es, sin embargo, su escasez numérica, sino su misión sustitutiva de las masas en la política. Es este fondo de voluntarismo lo que le induce a actuar separado del pueblo pero a nombre del pueblo. Su filosofía, es pues, sustituir a las clases sociales, señalarles el camino, enseñar a las masas pero no aprender de ellas.

En el foquismo, los conceptos dialécticos de teoría y práctica aparecen desligados, metafísicamente separados, y se concluye en un practicismo simplista identificado con la suma aritmética de las acciones; y así, la práctica no es otra cosa que practicismo o empirismo. Desterrada la teoría ideológicas extrañas, al no existir discusión ni autocrítica se hacía tarea casi imposible toda rectificación de la línea. El sofisma de que "la práctica une mientras la discusión separa" condujo a tal endeblez ideológica que era imposible plantearse una política de cuadros o una lúcida apreciación de la realidad nacional.

Toda esta filosofía moral hizo del "heroísmo" una finalidad permanente, pero convocar a los heroes no es igual que convocar a los revolucionarios. El revolucionario busca acortar el camino de la revolución y no la mera realización existencial, que constituye en el fondo el sumun del idealismo. En efecto, de un pequeño grupo de heroes que invoca el título de las acciones decisivas pueden esperarse actos de heroísmo pero no la victoria. No el el martirologio sino el sentido práctico de la historia lo que justifica en los fueros de la realidad concreta a una organización revolucionaria.

Esta actitud idealista impidió una correcta apreciación de la correlación de fuerzas. Los enfrentamientos desiguales y suicidas con los órganos represivos no hacían otra cosa que alimentar de sangre al vampiro. Pero no se justifican las aventuras sangrientas ofrecidas en holocausto al altar de los mitos. Es sacrificio inútil sin perspectivas ciertas de victoria, el fracaso reiterativo de los sistemas esquemáticos, y esa fuerza que se agota en sí misma sin poder nutrirse de las posibilidades del medio social, constituyen los resultados trágicos de esa confusión entre los medios y los fines. A estas alturas puede afirmarse, con los hechos por razón, que la crisis del esquema foquista impone la necesidad de una revisión sustitutiva en cuanto a los múltiples caminos de la revolución.

El foquismo y la revolución.- La revolución en términos generales es el resultado de ciertos factores que unidos llegan a producir una "crisis revolucionaria", a consecuencia de la conjunción de elementos objetivos y subjetivos en un determinado momento. No son sólo los desequilibrios en la estructura del Estado los que caracteriza a una crisis revolucionaria, para de esta crisis es también el grado de organización avanzado de las fuerzas populares y particularmente de la clase fundamental: el proletariado. Por eso en los problemas de la lucha en general, no puede prescindirse del estado real de las clases sociales y del estado de toda la política, es a partir de ello que se plantean y resuelven las cuestiones de la táctica. Es obvio, sin embargo, el papel que cumple la organización revolucionaria en la producción de las condiciones subjetivas: en su desarrollo y desenlace. Pero, desde luego, así como las cosas ocurren a un ritmo en el tiempo, ocurren también en un espacio determinado, en un país concreto. Si bien en el plano general, los grandes procesos tienen una importancia universal; en el plano particular tienen una importancia nacional. Así, se da esa conexión dinámica entre lo general y lo particular, lo genérico y lo específico. Los procesos universa

les involucran los procesos particulares, sin que pierdan - estos últimos sus notas específicas.

Puede plantearse la revolución continental pero no precisamente la guerra continental. En otros términos, es más posible que la revolución continental sea un hecho sucesivo antes que un hecho simultáneo. Cualquier acontecimiento revolucionario repercute en toda la cadena capitalista, pero los grandes sacudimientos históricos suelen producirse eslabón por eslabón, esa es al menos la experiencia histórica - hasta nuestros días. Por eso es que la "estrategia continental" del ELN carecía de fundamentos geográficos, políticos y económicos, no tenía en cuenta que la geografía está determinada por la política, que a cada geografía nacional le corresponde su propio Estado nacional, con sus agregados históricos y económicos caracterizados por sus abismantes diferencias resumidas científicamente en la "ley del desarrollo desigual, contradictorio y complementario del capitalismo". Hay diferencias entre los estados, su estructura, desarrollo histórico, etc., diferencias que constituyen su especificidad, que están dadas tanto por el grado, medida y forma en que se combina el modo de producción capitalista con otros anteriores, así como la singularidad de los procesos sociales que se anticipan o rezagan unos de otros pero que, por la desigualdad reinante no tienden a producir resultados uniformes y simultáneos.

Una crisis revolucionaria no abarca, por regla general a varios países a la vez, no es casual que se la llame por eso "crisis estatal" concepto este último que está señalando con bastante precisión los límites del espacio estatal o territorial que circunscriben al hecho revolucionario. Los casos de "internacionalización" de una guerra civil no son lo más frecuente, el caso del Vietnam y el sudeste asiático no es repetible como lo son las condiciones que hicieron posible la "vietnamización" en el Vietnam. El planteamiento de la "vietnamización" de la guerra que, a partir del foco

irradiador en Bolivia alcance a otras naciones del continente, está pues, fuera del contexto de su original vietnamita.

Resultado de un severo análisis de la "estrategia continental" hemos llegado a la conclusión de que, admitiendo la validez de la revolución continental, como parte de la revolución mundial, no podemos confundirla a ésta con la guerra continental. Asimismo, que la lucha revolucionaria ha de contar con un programa nacional y que no ha de estar al margen de los sentimientos y aspiraciones concretos de las clases nacionales.

Por último, ha sido también motivo de análisis el concepto que sirve de punto de partida a la estrategia continental, "Bolivia es el eslabón débil de la cadena imperialista en el continente". El concepto del eslabón débil está íntimamente ligado a una situación de crisis revolucionaria y no a solos factores geográficos, Bolivia pudo o puede ser el eslabón débil no por el hecho dominante de su posición geográfica sino por la vecindad o es estallido de una crisis estatal. Cosa imposible por razones históricas, económicas y sociales, pero sujeta a la dialéctica de los problemas nacionales e internacionales y no a un modo de ser estable de Bolivia.

La cuestion del programa

La acción suplantaba al programa. No importaba lo que se decía sino lo que se hacía. Se pensaba que la llamada "propaganda armada" era en sí todo el programa. Los justificativos de la acción constituían la teoría. Siguiendo el "ejemplo de un grupo de hombres", decidida a voluntad la hora y la forma de lucha, las masas de la ciudad y del campo debían terminar por plegarse a la lucha de liberación. El carácter continental de la estrategia y la forma SOLO armada de la lucha, hacían superfluo e innecesario el programa nacional.

Pero está visto que una organización revolucionaria debe ofrecer un programa de lucha, es decir, un programa que recoja la síntesis de la problemática nacional, señale las aspiraciones inmediatas y mediatas de las clases oprimidas en relación con los objetivos históricos del proletariado. Había que concentrar los ojos en el país, proponerse un análisis serio de clases, un estudio de las corrientes políticas dominantes tanto nacionalistas revolucionarias como marxistas, las corrientes progresistas del ejército, y a partir de ello, establecer los rumbos para llegar a una estrategia revolucionaria nacional.

Si se puso énfasis en la cuestión del programa fue, justamente, por cubrir un vacío casi constitutivo de la anterior forma organizativa. No es nuestra intención, sin embargo, definir el programa como una colección de ciertas generalidades exegéticas sino, más bien, como la síntesis ordenada de las necesidades y objetivos de las clases oprimidas desde el punto de vista de la lucha de clases. Había, por cierto, que entender la misión del programa en su doble carácter: de convocatoria de masas y a la vez organizativo. Si por un lado nos propusimos subsanar un vacío peculiar a una determinada estructura política; tuvimos, en cambio, en cuenta las fatales consecuencias que en la vida nacional ha acarreado su antípoda: el programa sin organización. O sea, la mera movilización de las masas sin que llegue a formas superiores de organización. Llegamos al convencimiento de que, para superar ambas lagunas, entre programa y organización sólo cabe una eficiente armonía en la medida que las metas al poder es tan bien definidas.

El culto del espontaneismo, en Bolivia, coincide con el endiosamiento del programa y el desprecio a la organización, sólo pues, una idea clara sobre el programa y la organización puede superar el espontaneismo, maximalismo y minimalismo, que exajeran o disminuyen las demandas programáti-

cas, cosas todas que juntas o separadas contribuyen al desamparo y desarme de las masas.

El verticalismo

Cuando se sustituye el centralismo democrático por el "verticalismo" se mata la iniciativa política, y una organización revolucionaria deviene en una burda organización burocrática. El verticalismo, antítesis del centralismo democrático, constituye la más frecuente anomalía de las organizaciones clandestinas. Este sistema, que es la negación de la democracia interna, convalidaba la irresponsabilidad de los dirigentes y condenaba a una sumisión indigna a los dirigidos.

Pero una actitud consecuente contra el verticalismo traía, era obvio, una revisión de toda la estructura organizativa. Y eso es lo que sucedió; en primer lugar fue demolida la idea del "ejército-organización" que era la fuente del error y la arbitrariedad; y en segundo lugar, hubo de someterse a un implacable juicio ideológico a los errores concretos resultantes de las acciones infantilizadas, consecuencia del arbitrio en el análisis y en el mando político. Como era lógico, derrumbada la vieja forma organizativa, tuvo que plantearse una forma intermedia que nos permitía sin ser partido- inspirarnos en pequeña escala en las fórmulas leninistas de partido. Es de este modo que se ha podido restablecer la democracia interna plenamente.

Hubo que combatir hasta derrotarlo al mito de que: sólo la forma de ejército es apta para trazarse una estrategia revolucionaria, y de este modo, recobrar los conceptos leninistas cada vez más traídos a menos o sustituidos por concepciones morales de la pequeña burguesía: en suma, fueron rescatados los conceptos sobre democracia interna, auto

crítica, dirección colectiva, etc.

El sectarismo

Aunque el sectarismo no fue patrimonio único de aquella organización ni se manifestó igual en todas sus fases de existencia, es evidente que tuvo, sin embargo, su modo particular de manifestarse. Es decir, como rechazo en bulto de todo partido y consagrado por una prédica absoluta antipartidista. Naturalmente, este tipo de sectarismo no era otra cosa que un reflejo exterior de su propia organización interna, la negación de la estructura leninista de partido.

Era explicable que una organización que se consideraba autosuficiente, en base a los títulos que por sí misma se otorgaba, creyera superfluas las vinculaciones políticas y sindicales. Pero, elevado a un rango ético, el sectarismo, no sirvió sino para consumir ese feroz aislamiento respecto del pueblo, de cuyas consecuencias hasta hoy debemos hacernos cargo. El saldo trágico de esa soledad política, bastó como fundamento para replantearse una amplia línea de alianzas de carácter táctico y estratégico. Partimos del reconocimiento elemental de la diversidad existente en el plano político -distintas concepciones acerca de la táctica y la estrategia- y respetar dicha diversidad sin ser por eso acríticos. La hegemonía de una línea sobre otras no consiste en una mera declaración formulativa sino que depende de los resultados obtenidos en el escenario de la práctica política.

Desterramos como costumbre política la adjetivización fácil y peyorativa para designar a los partidos, utilizando el nombre y la sigla que a sí mismo se han dado y por razones de una lógica y elemental tolerancia. Pero la apertura hacia una política de alianzas -estable y de princi-

pios- no obedece únicamente a factores de orden interno, sino, y sobre todo a los problemas que surgen de la correlación de fuerzas tanto nacional como internacional. El efecto, es la perspectiva del poder y las realidades de la lucha de clases, las que nos imponen una determinada conducta para ahora y después. Es, en suma, la lucha por el poder y la liberación nacional, una cuestión básica en la que se encuadra nuestra posición respecto a las alianzas políticas.

Por supuesto, una política de alianzas no puede estar por encima de un análisis de clase sino más bien basada en él. Ya sea desde el punto de vista del frente de clases, cuya expresión son los partidos, el fin es el de alterar la correlación de fuerzas de un modo favorable para librar las luchas decisivas. Un análisis que apunte a los sectores de clase estratégicos respecto a las diversas fases de la lucha de clases. No hay razón alguna, desde el punto de vista de un país atrasado, para prescindir de los grupos oprimidos no proletarios que objetivamente son antiimperialistas. Más allá de la anhelada unidad obrero-campesina, se hace necesario ganar a otros sectores urbanos potencialmente estratégicos como las clases medias y los grupos progresistas de las fuerzas armadas.

Son estos y otros elementos los que están extensamente tratados en nuestro documento: "La política de alianzas del MPLN".

El esquematismo

No se trata de poner un carbónico dejado de las revoluciones: china, vietnamita, rusa o cubana, sino de tomar lo más esencial de ellas, la esencia íntima que está en la experiencia universal. Tomar su naturaleza pero no inten-

tar copiar su forma; para que, enriqueciendo nuestro propio acervo revolucionario con el patrimonio universal, perfeccionemos las formas nativas, puestas de manifiesto en los hechos sociales y revolucionarios más notables de nuestra historia. Esto no significa desconocer que, desde la Revolución de Octubre hasta la Revolución Cubana, los pueblos han aprendido los unos de los otros y se han transmitido sus experiencias, así se ha dado la aprehensión del sentido de la historia universal.

Cada revolución tiene, sin embargo, sus propios caminos y sus propios métodos, y estos surgen del aprendizaje de las masas en su lucha diaria y de la trayectoria histórica nacional. Por eso es que Lenin decía que "la dialéctica es el estudio concreto de la realidad concreta"; en otras palabras, la fuente principal de la revolución está en las mismas potencialidades del alma nacional.

El militarismo

Consistía en el acento unilateral de los aspectos militares sobre los políticos, incluso la exclusión de la política, dándose el caso del desquiciamiento de los fundamentos organizativos que impedía el análisis sereno de las distintas situaciones coyunturales. Para el caso de preparar y consumir "acciones" era indiferente la situación política que vivía el país, se juzgaba que las acciones daban vida y continuidad a una organización revolucionaria, sin las cuales terminaría muriéndose por asfixia. En síntesis, eran las necesidades internas de existencia las que determinaban el quehacer diario y no la marcha de la política en general como el verdadero marco de las posibilidades prácticas. La contradicción entre la política y el militarismo se daba en términos antagónicos e irreconciliables. El deslumbramiento del militarismo produjo el encueguamiento que evitaba distinguir los colores y matices de las cosas que ocurrían en la realidad.

Tuvo que voltearse el orden de los términos y dar a la política el lugar de preminencia que le corresponde, poner sobre los pies lo que antes estuvo de cabeza, es decir que sean el análisis y el pensamiento los que muevan el brazo que actúa y no el sacudimiento de las "acciones" lo que remueva la conciencia del resto.

La cuestión del nombre

El nombre de una organización política no constituye una más o menos feliz combinación de las letras del alfabeto. Es una síntesis acabada y concentrada que indica con precisión la estrategia de un partido o de una organización. De ahí que de acuerdo al trazado de una línea estratégica de "liberación nacional" consideramos que el actual nombre: Movimiento Popular de Liberación Nacional (MPLN), conserva lo fundamental y lo justo del concepto estratégico y elimina toda connotación equívoca respecto del militarismo, foquismo, verticalismo y otros elementos ideológicos derivados de la vieja forma organizativa.

El marco de la estrategia de liberación nacional

Un planteamiento de liberación nacional que se haga a cargo de todas las dificultades, que se base en el realismo revolucionario y no en el idealismo, habrá de partir del axioma de que una revolución de tal naturaleza no constituye un acontecimiento aislado del mundo. En efecto, no puede haber verdadera liberación nacional sin su entronque con la realidad socialista mundial. En la época actual, la lucha antiimperialista de los pueblos sigue un camino común hacia un mismo objetivo, la propia interdependencia capitalista -

se refleja en el hecho de la revolución a través del internacionalismo proletario, fundamental para alcanzar el socialismo. Los países que luchan por romper el yugo de la dependencia unen sus fuerzas a las del proletariado de los países del capitalismo avanzado y a las del campo socialista. La lucha de liberación es en un sentido, nacional; y en otro, es también mundial.

En el plano interno, la lucha de liberación es un aspecto de la lucha de clases -y se sabe que la dominación imperialista se ejerce a través de sus agentes internos- y ello se libra en primer lugar contra las clases dominantes. En este caso, lo que se trata es de unir en un solo bloque a todas las clases interesadas en la liberación nacional y hacer posible que en un frente de clases se dé la dirección proletaria. Al respecto, nuestra organización ha hecho también un extenso análisis en "El Proyecto de Declaración de Principios del MPLN", en dicho análisis se examinan las clases sociales del país para plantear una política y una estrategia. Asimismo, se pone de relieve el papel del campo socialista en el mundo, y en el continente el papel de Cuba respecto a la solidaridad internacional.

La Democracia y la Revolución

La presente coyuntura electoral vuelve a reiterar la debilidad esencial del sistema representativo en nuestro país; el objetivo del régimen es el de promocionar, sea con elecciones o sin ellas, el continuismo del sistema banzerista. Pero, ni las clases dominantes creen en el sistema democrático-representativo, los intentos electorales carecen de una mínima seriedad, la opinión pública nacional tiene la certeza de que se está preparando uno de los fraudes más desvergonzados de la historia. Las mismas fuerzas armadas son, consciente o inconscientemente, parte o protagonistas

de esta gigantesca burla a la voluntad popular. En el fondo de las cosas, el sistema representativo no es aquí un sistema democrático sino simplemente el burdo disfraz para consagrar al gobernante de turno. A pesar de todo, el período electoral puede servir para organizarse, movilizarse y prepararse para ulteriores contingencias. Las elecciones no son más que un medio para la agitación y la organización, se puede participar en ellas al mismo tiempo que se las impugna por escandalosas y sucias. Habrá que estar, por otra parte, conscientes de que las fuerzas que emergen al impulso electoral no serán todas las que en el futuro formen parte activa de acontecimientos más decisivos.

Para nosotros, la democracia no está identificada necesariamente con el sistema representativo, y en ocasiones puede estar incluso en su contra, puesto que, no concebimos una auténtica democracia al margen de las tareas antiimperialistas ni del bienestar del pueblo. La democracia en un país como Bolivia, está ligada íntimamente al proceso de la liberación nacional; por eso es que, los gobiernos más democráticos no han sido siempre gobiernos de derecho o parlamentarios: caso 1952 y Gobierno de Torres. Este tipo de democracia no se opone a la revolución sino que la complementa o la precede, ya que se funda en la movilización y la participación directa de las masas, es progresista porque hace avanzar a la historia y se basa en las organizaciones naturales del pueblo trabajador.

Las consignas democráticas tienen un contenido antiimperialista y revolucionario, y hay que utilizarlas conectándolas a los fines más amplios de la liberación nacional, hay que emplearlas contra las clases dominantes y el sistema de opresión nacional.

El carácter amplio de nuestra lucha.- Para preparar condiciones mejores para la lucha, el MPLN se propone participar en todos los frentes de masas, incluso en eventos e

lectorales si estos son un medio para organizar las fases más decisivas y revolucionarias. De ahí que nuestros acuerdos y alianzas van más allá de los meros resultados electorales y se proyectan en una perspectiva estratégica.

El objetivo de esta política es lograr que el pueblo pueda participar en el proceso de transformación social y económica del país, a través de la organización de comités de masas y la participación en el poder. Esta política se proyecta en una perspectiva estratégica que busca la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista.

Para nosotros, la democracia no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista. La democracia debe ser entendida como un proceso de transformación social y económica que busca la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista. La democracia no es un fin en sí mismo, sino un medio para lograr la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista.

La constitución democrática del pueblo es un requisito indispensable para la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista. La constitución democrática del pueblo es un requisito indispensable para la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista.

El carácter masivo de nuestra lucha es un requisito indispensable para la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista. El carácter masivo de nuestra lucha es un requisito indispensable para la liberación del pueblo y la construcción de una sociedad socialista.